

miento alegremente en las páginas impresas; si medito, el canto del grillo es un estímulo para el espíritu del artista, y si sueño, se diría que un cascabel sonoro sale con júbilo al encuentro de la ilusión que llega.

Esta noche mi compañero ha abandonado su rincón habitual y yo percibo su acento muy próximo, en mi mesa de trabajo. Lo busco en todos sentidos y lo hallo al cabo instalado en el interior de una vieja pipa de cerezo— ¡rota ya!—mudo testigo de un millón de ensueños que se fueron en alas del humo fugitivo en espirales.

Oculto dentro de mi pipa, como ermitaño en el fondo de su gruta, el grillo, en tanto que yo rimo mi canto interno, eleva a la noche la melodía de sus salmos en esta hora propicia a la ilusión.

LA CORTINA

El va a pasar. Ella ha cambiado la cortina de la ventana por una de mayor trasluz. El va a pasar; impaciente y tímida ella le está esperando.

¡Oh crueldad! El ha pasado con distracción.

Ahora, hasta mañana. Mañana él volverá a pasar. Será preciso entonces buscar para la ventana una tela algo más transparente, que diga al ingrato, en voz baja, que ella ha estado esperando allí para verlo pasar.

El pasa una vez más con distracción, y por mucho tiempo, hoy como ayer, la visión de una ventana con una linda cortina movable de gasa blanca, aleja de su espíritu cualquiera otra visión.

LAS MANOS

Eran unas bellas manos como de princesa, azucenas por lo blancas, finas y perfumadas; manos sugerentes, manos inolvidables.

Mas ¿por qué extraña discordancia las notas iban saliendo del piano rígidas y descoloridas, como un desfile de monjas, inexpresivas, glaciales y pálidas, por qué, si las evocaban aquellas lindas manos de princesa semejantes a un par de alas de nítida paloma blanca?

Esta noche aquellas mismas notas han pasado frente a mi ventana. Sólo que ya eran otras. No iban alineadas; pasaron alegres como chiquillas de escuela que a un mismo tiempo ríen, cazan mariposas, deshojan margaritas, sollozan, leen los cuentos de Perrault y cantan; formaban guirnalda y rondas como de abejas, y se entrecruzaban como las palabras suspiradas de un idilio en noche de luna al amor de la paz aldeana...

En las cuerdas de una guitarra se agitaban temblorosas las manos de un mendigo ciego...

¡Oh milagro el de esas manos plebeyas, curtidas, rudas, ignoradas!

EL RELOJ

AL anochecer llegaron de regreso a la aldea. Un azul indeciso cubría la vasta cóncava del cielo esmaltado por algunas estrellas.

Marchaban lentamente uno al lado del otro, silenciosos y recogidos. Ella con un ramo de flores silvestres terciado sobre el costado izquierdo. El llevándole la sombrilla de flores rosadas sobre fondo de turquesa.

Habían salido desde muy temprano con rumbo a la vecina montaña por senderos frescos y perfumados. Habían reído mucho, habían cantado canciones de niños y canciones de amor, y habían sollozado en medio de la risa y el canto, habían sido dichosos aquel día, completamente dichosos. Ahora regresaban con el alma llena de melancolía y de ensueño. Cuando llegaron frente a la ermita, ambos tuvieron un mismo pensamiento: «¿Qué hora es?», y levantaron la vista hacia el cuadrante de la torrecilla, luego se miraron uno al otro sonrientes y complacidos, de la amplia carátula esmaltada habían desaparecido las agujas. El reloj había cesado en la fría función de marcar las horas; inactivo, mudo, indiferente al tiempo, el cua-

drante lleno de números era sólo un enigma.

Con semblante de júbilo, ella exclamó: «Por primera vez me siento reconciliada con el reloj. ¡Cuánto te amo!» Y se asió con calor al brazo de su compañero en la ilusión.

LA BARCA

EN otros días con agilidad de pájaro surcó las verdes ondas. Rieló alegre sobre el mar tranquilo en las mañanas luminosas y en las suntuosas puestas del sol. En la tempestad se columpió heroica al borde siniestro de la vorágine y sucumbió al fin tragada por el vórtice traidor. Y ya de la antigua barca quedan sólo los vestigios: restos informes lanzados por la corriente a un ignorado rincón de la costa.

Anoche pude observar que sobre los despojos de la barca, un gorrioncillo elevaba su canto a las estrellas.

También mis despojos serán arrasados un día por la corriente a un rincón de soledad y olvido sobre la costa. Yo sé que entonces un gorrioncillo elevará a la noche sobre, mis cenizas, su canto inmortal.

RUBÉN COTO

LA UNIFICACION DE LA HORA

El proyecto del ingeniero Herzfeld para emplear con ese fin las comunicaciones radiotelegráficas.

EL proyecto de la unificación de la hora oficial por medio de la radiotelegrafía, no es una idea reciente presentada por el ingeniero electricista D. Raúl Herzfeld.

Inspirado en los trabajos experimentales de la conferencia de la hora internacional, propuso por vez primera a la comuna de Buenos Aires, siendo intendente el doctor Joaquín de Anchorena, y asesor técnico de la misma el ingeniero Jorge Newbery, unificar la hora exacta mediante relojes eléctricos sistema sincronizables Brillic, y controlados por radiotelegrafía.

El proyecto fué estudiado por la dirección de alumbrado e instalaciones eléctricas, dotando a la comuna de esos relojes para la vía pública.

Posteriormente, siendo intendente el doctor Arturo Gramajo, el proyecto fué encarpetado, corriendo la suerte del olvido.

Ahora ha vuelto a reconsiderarse este trabajo, gracias a los trámites extraoficiales que ha obtenido el ingeniero Herzfeld, y no hace más que

una semana que el Poder Ejecutivo ha decretado que la hora oficial sea un hecho real, como así el adelanto de los 16 m. 48 seg. con 0,2. Todo está muy bien, pero hay que entrar a considerar el problema de acuerdo con el horario de los relojes públicos, tarea que se podrá realizar empleando medios prácticos, como es para este caso el empleo de la radiotelegrafía. Las ondas hertzianas se propagan en el espacio a razón de 300.000 kilómetros por segundo, o sea la velocidad de la luz, ondulaciones que se esparcen en distintas direcciones del ámbito celeste, y llegando a todas partes, son el signo precursor de la vida civilizada. Los signos horarios pueden ser recibidos con una precisión de 1/100 de segundo, si la manipulación al emitirlos se hace automáticamente.

La República Argentina y sus grandes ciudades, cuyos rapidísimos desenvolvimientos asombran a sus propios habitantes, han sistematizado muchas de esas manifestaciones, pero tal vez a consecuencia de la misma rapidez de sus crecimientos, han dejado aban-